

CIENCIAS SOCIALES

REVISTA DE LAS CARRERAS DE SOCIOLOGÍA Y DE POLÍTICA
UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR

Vol. 36, DICIEMBRE 2014, ISSN 0252-8681 • REVISTA INDEXADA EN LATINDEX



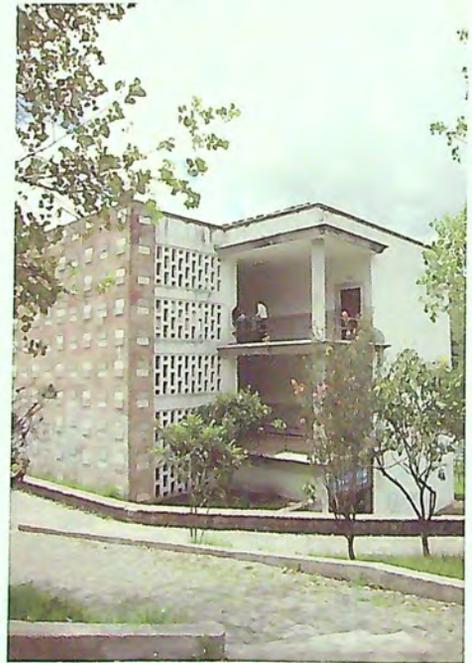
ISBN: 978-9942-945-16-7



9789942945167



36



**Autoridades:**

Rector: Dr. Fernando Sempértegui Ontaneda
 Vicerrector Académico: Dr. Nelson Rodríguez Aguirre
 Vicerrector Administrativo: Econ. Marco Posso
 Zumárraga

Facultad de Jurisprudencia, Ciencias Políticas y Sociales:

Decano: Dr. Patricio Sánchez Padilla

Carreras de Sociología y de Política:

Director: MSc. Francisco Hidalgo.

Consejo Editorial:

Napoleón Saltos Galarza. Ecuador (Director)
 Rafael Polo Bonilla. Ecuador (Codirector)
 Francisco Hidalgo Flor. Ecuador (Codirector)
 Beatriz Miranda. Amsterdam
 Alicia Castellanos Guerrero. México
 Eduardo Subirats. España
 Eduardo Grunner. Argentina
 Benjamin Mayer. México
 Enrique Ayala Mora. Ecuador
 Francisco Rohn. Ecuador
 Elías José Palti. Argentina
 Luciano Concheiro. México
 Francois Houtart. Bélgica
 Roberto Follari. Argentina
 Jairo Estrada. Colombia
 Jorge Acanda. Cuba

Consejo asesor y evaluador:

Mónica Mancero
 Silvia Vega
 Miguel Ruíz
 Mario Unda
 César Albornoz
 Marcelo Bonilla
 María Augusta Espín
 David Chávez
 Andrés Osorio
 Ricardo Sánchez
 Diana Novillo
 Pablo Celi

Revista Ciencias Sociales:

Fundada en 1976

Diseño

Fabián Ponce G.

Correo electrónico: rcsociales@gmail.com

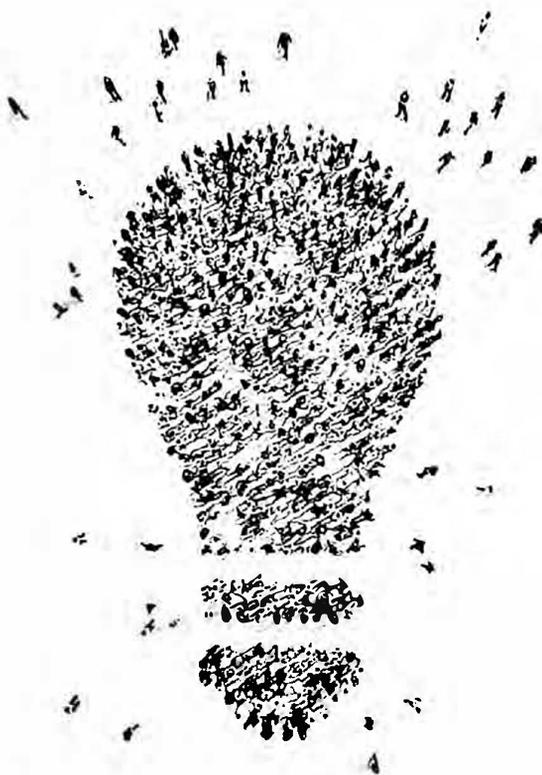
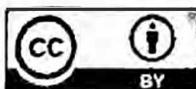


FOTO PORTADA: Scott Betts, 123RF.com

Impresión:

Editorial Universitaria
 Universidad Central del Ecuador



Indice

Presentación	6
DOSSIER: CIENCIAS SOCIALES	
Del sujeto a los modos de subjetivación, Rafael Polo Bonilla	8
La estética de las ciencias sociales, Napoleón Saltos Galarza	22
Posibilidades y límites de las industrias culturales, Roberto Follari	36
La educación superior: retos y perspectivas, François Houtart	44
Las cartografías como experiencia etnográfica para la subjetivación y territorialidad emancipatorias: casos en América Latina, Luis Herrera Montero	56
Relación entre libertad y política según Hannah Arendt, Gerardo Nieves Loja	68
Democracia deliberativa en Habermas: una relectura a luz de las transformaciones en América Latina, Mónica Macero	80
Feminismo y marxismo en el siglo XXI: nuevas coordenadas para el debate, Silvia Vega Ugarte	92
La democracia bajo las patas de los caballos, Daniel Gutiérrez	104
Evolución histórica y nuevos retos del Estado, José Manuel Canales Aliende	108
REALIDAD SOCIAL	
Este gobierno tiene rasgos autoritarios, entrevista a Mario Unda	122
Eleições de 2014 no brasil: classes e projetos em disputa, Roberto Leher	128
Rusia, el sistema-mundo capitalista y la economía política de la "Gran Involución", Iván Emilio León	144
HOMENAJES	
Homenaje a Manuel Chiriboga, Francisco Hidalgo	158
Homenaje a Blanca Muratorio: una particular forma de celebrar la vida, Katy Álvarez	164
RESEÑAS	
"La crítica y sus objetos", Andrés Ortiz Lemos	169
Normas para la publicación de artículos	170
Procedimiento para aprobación de artículos	171

RUSIA, EL SISTEMA-MUNDO CAPITALISTA Y LA ECONOMÍA POLÍTICA DE LA “GRAN INVOLUCIÓN”¹

Iván Emilio León Zhukovskii

*Licenciado en la Facultad de Derecho de la Universidad de la Habana
Doctorante por la Facultad de Historia de la Universidad de la Habana.*

RESUMEN

El artículo analiza las razones estructurales de la crisis del comunismo histórico. Y presenta la situación actual de Rusia en el contexto mundial. El fin de la “desconexión” lograda después de la Segunda Guerra Mundial desemboca en una economía periférica debilitada. La desindustrialización y descapitalización han ido de la mano de otros procesos conexos, todos dialécticamente interrelacionados y constitutivos de la extraversion y la dependencia periférica. Entre ellos se destaca el bajo aporte de la remuneración salarial al PIB, el carácter limitado del mercado interno, un sistema de relaciones clientelares y la reproducción de una corrupción sistémica que atraviesan todo el tejido socioeconómico. Sin embargo en la coyuntura actual hay condiciones favorables para un viraje en el desarrollo de Rusia, para superar las visiones cortoplacistas de los grupos de poder internos y asumir un papel estratégico en el marco global.

ABSTRACT

This article analyzes the structural causes of the crisis of historical communism in Russia, alongside the present situation. The end of “disengagement” achieved after World War II resulted in a weakened peripheral economy. Deindustrialization and disinvestment led to peripheral extroversion and dependence. The situation included low contribution of wage compensation to GDP, the limited nature of the domestic market, a system of client relations, and reproduction of systemic corruption that crosses all socioeconomic sectors. However, conditions are currently favorable to overcome the shortsighted visions of internal power groups and assume a strategic role in the global framework, ultimately shifting the development of Russia.

RECIBIDO: 2014 - 11 - 05
APROBADO: 2014 - 12 - 01

¹ Término acuñado por el sociólogo estadounidense Michael Burawoy, referido a los efectos que tuvo el cambio de régimen en las formaciones postsoviéticas (Burawoy, 2009).

Las últimas décadas del siglo XX estuvieron marcadas por la convergencia del derrumbe del Comunismo Histórico y la entrada del ciclo de acumulación "americano" en su fase financiera, tras el agotamiento de las potencialidades de la reproducción ampliada en los marcos productivos del fordismo. Esto sentó las bases para la implementación del proyecto neoliberal que, como mecanismo regulador de la acumulación a escala global, contenía cuatro macro procesos estrechamente vinculados.

Estos eran, en primer lugar, la supresión de los "privilegios" que la clase trabajadora había conquistado en el periodo post bélico; en segundo, un ensanchamiento del sistema-mundo capitalista, mediante la inclusión de nuevas formaciones sociales de la periferia, muchas de ellos no capitalistas, en su lógica de funcionamiento y mediando la desindustrialización en el propio seno de las formaciones del centro; en tercer lugar, la implementación de un grupo de transformaciones políticas, sociales y especialmente económicas, tanto a escala nacional como global, con el fin de garantizar la libre movilidad de los factores de la producción; y finalmente, la aplicación extrema del "gendarmismo" estadounidense, por el cual este país debía fungir como el garante político-militar de los intereses del "centro", lo cual implicaba, por la propia lógica del sistema, la ausencia de límites al control en esos ámbitos.

La convergencia del desarrollo estructural interno y el peso cuantitativo de su capacidad productiva a nivel mundial, sumado a la creciente importancia geopolítica de la URSS y su carácter ontológicamente antisistémico, ubicó a las formaciones del Comunismo Histórico europeo como un bloque de contención de primer orden ante esta ola expansiva del neoliberalismo. Según su "hoja de ruta", el Bloque Oriental debía adecuarse e insertarse en la lógica de la acumulación global, en esencia, mediante el típico diseño depredador de las periferias: liberalización de los factores productivos, potenciación de la explotación de los recursos de mayor rentabilidad en cada caso (mano de obra en el este europeo y recursos naturales en las repúblicas ex soviéticas) y, de manera general, la erosión de todos los factores que hubieran podido tributar al fortalecimiento sistémico de estas formaciones.

1. Los grandes “ajustes” económicos. Desindustrialización, desarme tecnológico y descapitalización

La convergencia de los condicionamientos externos (guerra “total” de las fuerzas del capitalismo global) e internos, creó las condiciones para el fin de la “desconexión” post bélica y el comienzo de la reinserción de la URSS y del tradicional espacio-imperio ruso en el sistema-mundo capitalista. Tomando en consideración los rasgos estructurales avanzados de las formaciones del Comunismo Histórico, esto implicaba la puesta en práctica de un sistema de desposesión (Harvey, 2004, 2005) sin precedentes en el siglo XX, tanto por su magnitud como, sobre todo, por sus características ontológicas.

La inserción de nuevas formaciones en el sistema-mundo capitalista (salvo las contadas excepciones de corrimiento hacia el “centro” del sistema), en sus diferentes momentos, ha tenido lugar desde la preeminencia en esas formaciones de modos de producción distintos, más atrasados que el capitalismo. A diferencia de éstas, la involución en Europa del Este y, especialmente en el espacio postsoviético, se ha dado en base a la destrucción y sustitución premeditada de un sistema de relaciones sociales de mayor desarrollo histórico (tanto en su materialidad como en sus fundamentos ético-políticos) que el capitalismo periférico que le sucedió.

Estas tendencias destructivas no fueron un resultado inevitable ni accidental, como no lo fue tampoco el marco general del cambio de régimen en el cual se desarrollaron. Tanto los contornos generales como muchas de las especificidades de las políticas aplicadas durante la década del noventa en Rusia, fueron concebidas e impulsadas por las fuerzas del capitalismo global y orientadas al mayor debilitamiento posible de Rusia en todos los ámbitos. En ello, un papel ejecutor fundamental lo desempeñaron, a la par de la reconvertida burocracia rusa, cientos de consultores occidentales (principalmente estadounidenses), que en sentido literal dirigieron la adecuación de la economía rusa a los nuevos requerimientos. A lo interno del país tampoco faltaron protagonistas como I. Zaslavskaya y N. Shmelev, entre muchos otros, quienes defendieron la tesis del exceso de capacidad productiva y mano

de obra industrial en la economía rusa y abogaron, abiertamente, por la destrucción de hasta dos tercios de las mismas (Kara-Murza, Batchikov, Glaziev, 2008)

En el marco de la desregulación interna y la extrema debilidad del mando político central soviético, de la desbocada vocación de enriquecimiento de la burocracia y otros agentes económicos portadores del cambio de régimen, del estancamiento tecnológico, la limitada competitividad de la industria soviética previo al derrumbe y la aplicación de una política económica y social insuperablemente neoliberal, la apertura a los mercados externos no podía menos que conllevar a una drástica “adecuación” de la estructura económica y social de la naciente formación rusa.

Como efecto sistémico principal, esto condicionó la incapacidad del paracapitalismo ruso¹ y sus núcleos básicos (poder político, capital “nacional”) de controlar los procesos constitutivos de la acumulación de capital (control sobre el mercado, los recursos naturales, las tecnologías, la centralización del excedente y la reproducción de la fuerza del trabajo (Amin, 1974, 1988). De esta manera y como se verá, en Rusia fue bloqueado el desarrollo de los rasgos básicos del modelo autocentrado como: el equilibrio de la estructura económica y la redistribución de los ingresos entre sectores, el alto componente tecnológico, el papel central del mercado interno, el crecimiento paralelo de la productividad y las remuneraciones, y la homogenización social. En oposición, se desplegaron con fuerza muchos de los que tipifican el modelo extravertido, catalizándose la periferización de la estructura socio-económica y la dependencia externa.

En el plano económico, la desindustrialización y la descapitalización fueron los instrumentos más importantes para este “ajuste”, conllevando, por el encadenamiento de sus efectos, a una reestructuración sistémica de todo el tejido social.

Como consecuencia del proceso de desindustrialización, la disminución del PIB durante 1990-1999 fue de 45% y tan solo en 2007 se logró igualar los resultados de 1991. Por su parte, la producción industrial rusa no ha logrado alcanzar los indicadores del último año de la URSS, correspondiéndose en 2010 tan solo con el 77% (Gráfico 1). El país continúa explotando, en esencia, la infraestructura productiva soviética, aún en las ramas extractivas, las más “conectadas” a los mercados globales y de mayor rentabilidad y aporte al PIB. Entre 1990 y 2012, el promedio de desgaste

¹ Forma de denominar al “desarrollo” de tipo capitalista en las formaciones periféricas, atrofiado y dependiente.



de los fondos productivos a nivel nacional creció del 34% al 47%.

Esta destrucción de la capacidad industrial rusa implicaba, al mismo tiempo, la supresión de millones de puestos de trabajo en la esfera productiva. Durante el periodo posterior al derrumbe, la cantidad de trabajadores industriales disminuyó en un 68%, desde cerca de los 24 millones en 1991 hasta un poco más de 5 millones en 2014 (CEE 2008, 2010, 2014).

En sentido similar, los indicadores de la productividad del trabajo en Rusia distan sobremedida de los del "centro" capitalista. En 2012, esta se correspondía con el 26,8% de la productividad de EE.UU., el 33,3% de la de Francia, el 36% de la de Suecia y el 40% de la de Japón y Alemania. Ese mismo año, en este indicador Rusia se ubicó en el lugar 39 entre los 40 países miembros de la OCDE y los BRICS. Esta marcada brecha se hace extensiva a todas las ramas de la economía rusa, sin excepción, no existiendo ninguna actividad que supere el 40% de la productividad del trabajo de EE.UU. El caso de algunas ramas es alarmante en grado superlativo, como el de la industria cósmica (3% de EE.UU.), el de la producción de cemento (9% de EE.UU.), la esfera bancaria (13%) y la generación de electricidad (15% de EE.UU.), (Grisuk, 2013).

Junto a la disminución de la producción ha sido marcada y sostenida la tendencia hacia la periferización y primarización de la estructura económica rusa. En primer lugar, ha sido constante la disminución del peso de la industria (del 39% al 30% del total del valor agregado entre 1991 y 2011) y el aumento del sector terciario (del 37% al 60%). En una tendencia claramente involutiva, en 2007 la actividad comercial superó a toda la industria manufacturera en el uso de mano de obra y en 2014 ya iguala a toda la industria, sumando sus diferentes ramas (CEE, 2014).

Esta tendencia al crecimiento del peso del sector terciario y su dominio formal en la conformación del PIB y en la distribución de la mano de obra, es típica de

muchas de las periferias (Amin, 1974), siendo reflejo, más que todo, de las limitaciones en la producción industrial y/o de la ausencia de ventajas en el sector primario. El análisis sectorial lineal, tan extendido y que identifica, de forma simplista y estéril, desarrollo con crecimiento del sector terciario, no alcanzaría a explicar cómo, en 2010, en países con tantos desbalances y deformidades socio-económicas como Georgia, Moldova y Ucrania, el aporte de los servicios al valor agregado se equipara al de EE.UU. y los más avanzados miembros de la UE, para un 68%, 67% y 63%, respectivamente (Colectivo de autores, 2013).

En 2012, Rusia fue, entre los países miembros de la OCDE y los BRICS, el país cuya actividad comercial aportó más al total del valor agregado de la economía, y el segundo tomando en consideración el aporte de todos los servicios no financieros. Por el contrario, fue el tercer último en cuanto a la contribución de los servicios financieros, superando solo a México y a Turquía (OCDE, 2014).

Esta preeminencia de la circulación en detrimento de la producción (Burawoy, 2009) ha sido, de hecho, uno de los rasgos más ilustrativos de la involución sistémica que sufrieron las formaciones del Bloque Oriental. En el contexto de la caótica desregulación de la década del noventa, cerca del 70-80% de las ganancias eran obtenidas en el ámbito de la circulación (Kara-Murza, Batchikov, Glaziev, ob cit.). Trascorrida una década y media de putinismo y tras una relativa recuperación productiva durante los años 2000, este rasgo no se ha modificado en esencia. Además, a diferencia de las tendencias que han tenido en las formaciones del centro capitalista financiarización e hipertrofia del sector terciario financiero, en Rusia y muchas de las ex formaciones del Comunismo Histórico, se ha expresado en la más primitiva preeminencia del comercio interno.

Por otra parte, en el ámbito más específico de

la industria, ha sido muy marcada la tendencia a la preeminencia cada vez mayor de la actividad extractiva. Entre 1990 y 2010, el peso de la manufactura en el total del valor agregado en la economía disminuyó del 31% al 17%, al tiempo que, durante el mismo periodo, decreció su aporte al total del uso de la mano de obra, del 31% al 16%. Esto ha tenido un claro reflejo en la estructura sectorial de las exportaciones: entre 1990 y 2013 la exportación de energéticos aumentó del 46% al 73% del total, mientras que la participación de todos los productos primarios en las exportaciones también creció de manera alarmante, del 52% al 84% (CEE 2008, 2014).

Vale destacar la interrelación dialéctica entre el aumento de la exportación de recursos naturales y la disminución del consumo interno de recursos en la década del noventa, como objetivación del callejón sin salida que representó la inserción desigual y desregulada de Rusia en la lógica de la acumulación global. Así mismo(,) quedan al descubierto el carácter "necesario" del caos, del "ajuste" que sobrevino al cambio de régimen y de la destrucción de la industrial rusa (Kagarlitsky, 2008).

Se puede observar, a modo de ejemplo sintetizador, el gran peso de los países del Bloque Oriental en el consumo de energía a nivel mundial en la década del ochenta, su brusca disminución durante las dos décadas posteriores tras (al) el cambio de régimen, el consecuente aumento del peso de China y el resto de Asia, como clara expresión de la globalización de los ciclos y cadenas productivas y de la inserción, dependiente, de parte de la periferia en el proceso de acumulación global.

Esto se ve reflejado también en el desbalance entre las importaciones y las exportaciones, que ha primado en Rusia durante todo el periodo post soviético y, especialmente, desde fines de la década del noventa. En 2013, las importaciones de bienes constituyeron solo el 65% de las exportaciones, al tiempo que en el ámbito del comercio de servicios, el proceso ha sido inverso, duplicando las importaciones el volumen de las exportaciones (CEE, 2014). La tendencia más relevante, sin embargo, es la primera, en la medida en que ilustra el desequilibrio entre la capacidad de producir y la capacidad de consumir, característico también de las formaciones (semi) periféricas (Peinado, 2010, 2012).

Si bien Rusia se ha mantenido en las posiciones 8-9 durante los últimos años en el ranking de los países con mayor PIB, en 2010 su producción manufacturera per cápita fue de 504 dólares, ocupando la posición 55 a nivel global, quedando de esa manera lejos no solo de los países del "centro", sino de la mayoría de los llamados emergentes. (Sus resultados fueron 11 veces inferiores a los de EE.UU. y 16 veces a los Singapur y Japón, siendo superados también por otros como Grecia, Tailandia y Uruguay). Las diferencias con países líderes en muchas de las ramas llegan a

ser inverosímiles, como en la producción de papel - 52 veces menor que Finlandia (siendo, además, el principal suministrador de madera a ese país) y en la producción de medicamentos 66 y 31 veces inferior a EE.UU. y Alemania- (ONUDI, 2013).

Esta primarización de la estructura económica, como parte orgánica de la extravención-periferización del capitalismo ruso es clara y creciente, como lo es también la extrema dependencia de la exportación de gas y petróleo. De manera general, es evidente la similitud de las trayectorias históricas de los precios del petróleo y la dinámica de la exportación de energéticos, por una parte, y las del crecimiento del PIB y de otros importantes indicadores de la economía rusa, por otra. En estos momentos, la explotación de los hidrocarburos conforma más del 33% del PIB ruso (17% como resultado de la exportación y el resto, de la comercialización interna). Más aún, durante los últimos años, el 50% del presupuesto ruso se ha conformado sobre la base de los ingresos derivados de la exportación de energéticos (CEE, 2010, 2014).

Por su parte, la exportación de hidrocarburos genera los recursos necesarios para la importación de bienes prioritarios. En 2011, las exportaciones no energéticas fueron solo de 140 mil millones de dólares, mientras que el total de las importaciones ascendió a 305 mil millones de dólares. La diferencia ha sido cubierta, históricamente, por los recursos provenientes de las exportaciones de gas y petróleo, que en 2011 superaron los 375 mil millones de dólares (CEE, 2012, 2014).

Esta dependencia es una de las mayores amenazas para la reproducción de la formación rusa, en el contexto, además, de las limitaciones estructurales de su economía, una coyuntura económica global de alta volatilidad, una política económica monetarista, apegada al recetario neoliberal durante todo el periodo putiniano y la preeminencia de una élite rentista y de matriz compradora en muchas de sus fracciones.

En este sentido, fue ilustrativa la disminución del PIB y la producción industrial rusa en 2009 (8% y 10%, respectivamente), que, en el contexto de la crisis económica global, fue la mayor entre las grandes economías. También es elocuente la valoración de Maksim Oreshkin, Director del Departamento de Planificación Estratégica del Minfin ruso, quien estimó en un 2% el decrecimiento del PIB ruso en el tercer trimestre de 2014, como resultado, tan solo, de la disminución del precio del petróleo de 110 a 94 dólares entre trimestres (Samoilova, 2014).

Se puede observar cómo, en el momento actual, el componente primario en las exportaciones rusas es el mayor de los últimos cien años. La línea temporal del gráfico es relevante no solo porque ayuda a caracterizar la economía del país en diferentes momentos, o deja ver contextos similares de muy alta dependencia a principio del siglo XX y en el momento

actual. Su principal utilidad radica en mostrar cómo, tras los periodos de disminución de dichas exportaciones (y sin haber sido esto consecuencia de su sustitución por otros bienes con mayor valor agregado o servicios) acaecieron grandes rupturas sistémicas.

En otro orden, una de las consecuencias directas de la adecuación de la estructura económica rusa a la lógica de la periferización ha sido el estancamiento definitivo de la esfera científico-tecnológica. Como resultado de las limitaciones inherentes al estatismo industrialista soviético, la URSS no logró desarrollar ni implementar las tecnologías del quinto paradigma tecnológico, que fueron revolucionarias durante la década del setenta del pasado siglo y condicionaron los ritmos de desarrollo y la competitividad de países y regiones en la división global del trabajo. El cambio de régimen y la involución sistémica en las repúblicas soviéticas perpetuó su atraso tecnológico, cuya magnitud ha crecido de manera exponencial durante las últimas dos décadas.

En estos momentos, la esfera tecno – productiva rusa está dominada en cerca del 95% por el tipo de producción y de tecnologías del tercer y el cuarto paradigmas tecnológicos (Kablov, 2010). En todos y cada uno de los indicadores importantes que miden el nivel de desarrollo tecnológico y sus posibles tendencias, Rusia se ha desplazado hasta un lugar irreconocible en la jerarquía global, lo mismo que en su comparación con el desarrollo alcanzado por la URSS.

En primer lugar, ha sido extraordinaria y sostenida, año tras año, la disminución de la cantidad de personal dedicado a labores investigativas; para 2012 había decrecido en un 64% en relación con 1990 (CEE, 2014). Igualmente, el porcentaje de unidades económico-productivas que realizan innovaciones ha disminuido ocho veces (del 68% en 1991 al 9% en 2010, mientras que Alemania – 70%, Suecia – 51%, Reino Unido – 44%, Francia – 35%) (ISPDC, 2014).

En segundo lugar, Rusia muestra uno de los peores indicadores en lo relativo a los gastos en innovación y desarrollo entre los países de la OCDE y los BRICS (Tablas 2 y 3). En 2012 este indicador se correspondió con el 1,12 % del PIB (1,04% en 2004), muy por debajo de la media en los países del centro (2%) y más aún, de las economías llamadas emergentes - 3,5% - (MEFR, 2012). Además, como se puede observar, el análisis de la línea temporal no muestra tendencia alguna a la mejoría.

De manera más específica, los gastos destinados a la ciencia fundamental o pura –sin la cual no es concebible un verdadero desarrollo tecnológico– se correspondieron en 2011 con el 0,19% del PIB, superando solo a México y Polonia entre los cuarenta países de la OCDE y los BRICS (OCDE, 2014).

Todo lo anterior se ha reflejado de manera elocuente en los indicadores productivos y en la participación de Rusia en los mercados globales de alta tecnología. En 2010, el aporte de la producción innovadora en el total de la producción industrial rusa fue del 5,5%, sensiblemente inferior a EE.UU. (70%), China (40%) y muchos de los países miembros de la OCDE, que superan el 30% (Tormisheva, 2011). Según el Índice de Competitividad Global de 2014, en 2012 Rusia ocupaba el puesto 51 en el nivel de innovación de la economía y el 124 en la aplicación de tecnologías avanzadas (FEM, 2014).

Al margen de su presencia en ramas puntuales como la militar o la nuclear, Rusia se encuentra excluida de los intercambios globales de bienes intensivos en tecnologías. En 2011 la participación rusa en el mercado de patentes Iriádicas² fue del 0,1 del global. Además, su participación en el total de la exportación global de altas tecnologías es, esencialmente nula, y con una tendencia, si cabe, a la disminución: (del 0,45 en 2003, al 0,25 en 2008 y al 0,15 en 2012) (MacKinsey y Co, 2009; MEFR, 2012).

En el caso más específico de la exportación de bienes de la informática y las comunicaciones, en 2012 fue el 0,1% del total global (OCDE 2014). Esta tendencia es similar para el conjunto de países del Espacio Postsoviético, cuyo peso en la producción global de alta tecnología disminuyó entre 1990 y 2010 en cerca de veinte veces, del 8% al 0,3% – 0,4.% (Tormisheva, 2011).

Integrando el análisis de la esfera productiva, se puede concluir que la estructura de la economía y la industria rusa, en el marco también de otras limitaciones estructurales (estrechez del mercado interno, bajos niveles de productividad y remuneración, y no correlación entre las dinámicas de una y de otra) entorpece la redistribución de los ingresos entre diferentes sectores y ramas. Las actividades de mayor rentabilidad e ingresos, como la extractiva y el comercio, se encuentran “desconectadas” del resto de la economía y no ejercen efecto multiplicador, sujetas a la dinámica de los condicionamientos externos.

Además, la participación de Rusia en el proceso D-M³ mundializado (Peinado, 2008) es muy limitada, quedando fuera del grueso de las cadenas de valor globales. Tan solo en el ámbito de la industria militar, la nuclear y especialmente, la energética –de manera similar a algunas de las (semi) periferias que buscan sacar provecho de sus recursos energéticos, en el contexto de un prolongado “favorable” contexto de precios–, Rusia ha mostrado fortalezas, independencia relativa y margen de maniobra en sus interacción con los centros de acumulación global, lo que ha implicado, a su vez, importantes niveles de regulación interna.

² Según la nomenclatura de la OCDE, son aquellas patentes inscritas en los tres grandes centros de acumulación: EE. UU., UE y Japón.

Ciertamente, el "Imperio energético" (Kagarlitskiy, 2008), como proyecto "nacional-burgués" putiniano y como manifestación específica de la extraversion post soviética, ha sido un instrumento para el posicionamiento interno y externo, tanto desde la perspectiva estatal como de las élites. Esto implicaba, como condición sine qua non, el freno de la degradación de los rasgos básicos de la estatalidad, erosionada al extremo durante la década de los 90, lo cual se expresó en un sustancial aumento de la participación del Estado en la economía y la centralización, en manos del grupo putiniano, que ejerció un férreo control sobre toda la "cadena energética" (producción, transportación, comercialización).

Un balance general del posicionamiento de Rusia en los procesos productivos mundiales arroja una participación en el PIB, la producción industrial y el comercioglobales de 3,6%, 3% y 2,8%, respectivamente. Estos resultados son, por mucho, los más bajos desde comienzo del siglo XX y específicamente, inferiores en 2-3 veces a los de la URSS de la década del 80. A pesar de ello, pueden considerarse relativamente positivos, tomando en consideración que, al menos, superan la participación de Rusia en el total global de habitantes, que es del 2%.

Sin embargo, el peso del país a escala global disminuye en la misma medida en que aumenta el impacto cualitativo de las variables analizadas. Concretamente, en 2012 la participación en el valor agregado y en el comercio de la manufactura a nivel global fue del 1% y 1,3%, al tiempo que la participación en las exportaciones de altas tecnologías, como se vio, fue tan solo del 0,15%.

En otro plano, la situación en la esfera financiera rusa es más delicada aún. En este terreno su sujeción ha sido marcada y con pocos matices, aunque a la espera de posibles inflexiones, como respuesta a las asfixiantes sanciones que EE.UU. y la UE han aplicado en su contra durante 2014. De esta manera, la contraparte dialéctica de la desindustrialización y otro de los pilares de la "transición" en este país ha sido la descapitalización de la economía, actuando una como función de la otra y (.) ambas como función de la acumulación global y del posicionamiento interno y externo (externo e interno) (castrado y dependiente) del gran capital ruso.

Durante todo el periodo post soviético, a la par de los recursos naturales, ha sido invariable la tendencia a la extracción de los recursos financieros de la economía rusa, condicionado por las deformaciones periféricas propias de la economía rusa y la aplicación invariable de una política económica monetarista, que ha tenido como premisa, siempre, el control sobre la masa monetaria, bajo el trillado pretexto de evitar el crecimiento de la inflación.

Elementos constitutivos de esta política han sido,

en primer lugar, la aplicación del currency board, mediante el cual el país se obliga a respaldar la emisión y circulación de rublos con un equivalente en divisas convertibles. Esta ha sido una de las herramientas centrales del colonialismo financiero contemporáneo (seguido por las autoridades rusas a cabalidad), mediante el cual se ha reproducido una innecesaria acumulación de reservas en divisas y fijada la exportación de hidrocarburos como la actividad económica central, en su condición de fuente básica de ingresos en divisas. Concretamente, la suma de las reservas monetarias, inclusiva de las reservas propiamente dichas y las ubicadas en los fondos soberanos (Fondo de Estabilización y Fondo de Bienestar Nacional), a principio de 2014 era de 635 mil millones de dólares, más de tres veces superior a la masa monetaria circulante en Rusia, que en julio de 2014 era de 205 mil millones de dólares y ligeramente inferior a la deuda externa del país, que ha alcanzado niveles superlativos. En el caso de los recursos de los fondos soberanos, se encuentran depositados, por supuesto, en estructuras financieras estadounidenses o europeas.

Otros núcleos duros de la misma política han sido los altísimos niveles de la tasa de refinanciamiento del Banco Central (la mayor entre todos los miembros de la OCDE y los BRICS), el deliberado fortalecimiento del rublo y los bajos niveles de impuestos (tasa impositiva fija sobre los ingresos del 13%), (.) procesos todos defendidos de manera inflexible por la dirección del país durante todo el periodo posterior al derrumbe. Como resultado, entre 1990 y 1995, el nivel de monetarización de la economía rusa disminuyó del 73% al 15% del PIB. A pesar de su crecimiento durante el putinismo, en 2013 se correspondió tan solo con el 47% del PIB, dos veces menor que la mayoría de los miembros de la OCDE y cuatro veces inferior al de China y Japón (Markin, 2010).

Además y como consecuencia, la participación de Rusia en el mercado financiero global, en 2010, fue marginal al extremo, correspondiéndose con el 0,6% de los activos financieros globales, muy inferior a su participación en el PIB mundial de ese año (3%), (Albina, 2013). Un análisis general de la participación de Rusia en el ciclo D-D mundializado (Peinado, 2008), denota no solo su brutal exclusión de la circulación, sino la subordinación de sus políticas financieras a los centros reguladores mundial, y la desconexión entre los procesos productivos y el ciclo financiero interno. A la vez, está "segregación" de los capitales rusos no lleva implícita lógica alguna de "desconexión" ni autarquía, en la medida en que es, propiamente, resultado de su sujeción a la acumulación endógena y no tributa a la acumulación interna.

Esto es alarmante, si se contextualiza, además, el marco de los profundos desequilibrios económicos y sociales de una formación extravertida y que urge de ingentes recursos financieros y de una política que, al

menos, no bloquee su propio desarrollo. La incansable extracción de recursos financieros de la economía rusa, que se puede cuantificar en billones de dólares, ha ahogado cualquier posibilidad de impulsar los núcleos duros del modelo de desarrollo autocentrado.

Este círculo del saqueo financiero de Rusia, deja ver todo su absurdo si se toma en consideración el aumento incontrolado de la deuda externa rusa, que en abril de 2014 era de 715 mil millones de dólares, como otra muestra de la sujeción al capital globalizado. De ella, la deuda corporativa era de 646 mil millones de dólares, aunque 306 mil millones correspondían al sector corporativo estatal. Las divisas adquiridas por Rusia, en vez de invertirse en el desarrollo endógeno, son depositadas en Occidente, a tasas de interés de 1,5% anual, para posteriormente retornar al país en forma de préstamos a las corporaciones o al gobierno ruso, con intereses que pueden alcanzar el 9%.

Todo lo anterior permite entender por qué, en la década del 2000 y aún en el contexto del crecimiento de la tensión política entre Rusia y EE.UU. (Estados Unidos), Aleksei Kudrin, paladín del liberalismo económico ruso y "mano dura" de las finanzas de ese país desde el 2000, fue nombrado en dos ocasiones -en 2006 por las revistas *The Banker* y *Emergin Markets* y en 2010 por *Euromoney*-, como el "mejor" ministro de finanzas de los países "en desarrollo".

Vinculada de manera orgánica con las tendencias anteriores, la fuga de capitales -rasgo inconfundible de la dependencia periférica-, ha sido otro de los "baluartes" de la descapitalización rusa. Los intentos de contabilizarla han sido múltiples, oscilando las estimaciones entre los 800 mil millones (Taxjustice, 2012) y los dos billones de dólares. Una de las ponderaciones más fiables y completas (Zhukovskii, 2013a), estima un mínimo de entre 1 y 1,2 billones de dólares. Por su parte, según el estudio de TaxJustice, más conservador, Rusia se ubica como el país que más capitales ha "exportado" hacia los paraísos fiscales desde 1991 y en segundo lugar histórico, después de China. Aún así, el contraste de la cifra que propone esta organización es elocuente: es superior a los gastos del presupuesto ruso de 2012, tres veces mayor que los nuevos fondos productivos creados en 2012 y similar al total de la masa monetaria (incluyendo depósitos) del país en el mismo año.

Según datos del Ministerio de Finanzas ruso, durante los siete años comprendidos entre 2008 y el primer semestre de 2014, el saldo de entrada/salida de capitales de Rusia fue de 961 mil millones de dólares. Si bien (,) este indicador es más amplio que el de la fuga de capitales, ilustra la descapitalización de la economía rusa, y tomando en consideración el muy elevado carácter de los montos, permite cuestionarse los estimados más conservadores sobre la fuga de capitales.

En estrecha relación y a tono con los marcos generales del "ajuste" financiero en Rusia, entre 1991 y 1998 la inversión en capital fijo disminuyó casi cuatro veces. Todavía en 2010 representaba solo el 53% de la de 1991, correspondiéndose con el 20,3% del PIB, muy inferior a los indicadores de países con economías llamadas emergentes, como China, India y Vietnam (Sokolov, 2011). Inclusive, durante los años del putinismo, la línea de tendencia del crecimiento anual de la inversión disminuyó del 17% en el 2000 a -0,3 en 2013 (CEE 2014).

Por su parte, el acumulado de la inversión extranjera directa desde 1991 hasta enero de 2012 fue de 323 mil millones de dólares, de los cuales el 40% provinieron de Chipre, Luxemburgo, Reino Unido e Islas Vírgenes Británicas, (:) paraísos fiscales por excelencia de los capitales post soviéticos (CEE 2010, 2014). Estos recursos reproducen el ciclo economía doméstica - paraíso fiscal mediante múltiples fórmulas ilícitas, buscando la evasión de las cargas tributarias nacionales o encubriendo actividades abiertamente ilegales. En cualquier caso, no se deben considerar como inversiones proveniente del exterior. Si se excluyen (y contabilizando la inversión de países como Suiza, hacia donde también fluyen muchos capitales que evaden las regulaciones rusas) el stock acumulado de inversión proveniente del exterior durante más de 20 años ha sido de 198 mil millones de dólares, o un modesto promedio de 9 mil millones anuales. Esta cifra es cuatro y seis veces inferior al promedio anual de fuga de capitales desde Rusia contabilizado, respectivamente, por TaxJustice y Zhukovskii.

Esta limitada presencia del capital foráneo en Rusia no responde, en esencia, a políticas protectoras nacionales, que existen muy puntualmente, sino a los efectos de los "ajustes" neoliberales en Rusia, en el contexto, además, de una formación que hereda de la URSS rasgos "avanzados", (mano de obra más cara que en las periferias asiáticas) que, contrario sensu, le restan competitividad en la puja global por los recursos financieros. Ello, a pesar de la dedicación de las fuerzas del capitalismo global y la élite rusa por "corregir" la estructura económica y social de ese país y adecuarlas a los nuevos requerimientos sistémicos.

Por último, la desindustrialización y descapitalización han ido de la mano de otros procesos conexos, todos dialécticamente interrelacionados y constitutivos de la extravención y la dependencia periférica. Entre ellos se destaca el bajo aporte de la remuneración salarial al PIB, el carácter limitado del mercado interno, un sistema de relaciones clientelares y la reproducción de una corrupción sistémica que atraviesan todo el tejido socio-económico, ocupando en 2013 el lugar 127 entre los países de mayor contención de la corrupción, según la organización Transparencia Internacional (TI, 2013).

2. Los grandes “ajustes” sociales en Rusia

Los mecanismos económicos de la desposesión y la periferización en Rusia han tenido su más brutal reflejo en la esfera social. La estructura económica decadente ha moldeado una estructuración y estratificación social similar, marcada por la devaluación de la riqueza social acumulada durante el periodo soviético, la reproducción de niveles de vida marcadamente inferiores a los de las formaciones centrales y uno de los mayores niveles de desigualdad social y regional a nivel mundial. La tendencia general ha sido, trazando una línea de tendencia de largo plazo, la del paulatino desmontaje de la matriz relativamente autocentrada de la formación soviética, en especial su alta homogenización social y la centralidad de las políticas sociales.

En primer lugar, es cierto que, tras la debacle total de la década del noventa, los ingresos de la población han crecido sustancialmente durante todo el periodo putiniano. Sin embargo, comparando los niveles de remuneración salarial, en 2014, Rusia todavía se ubica a la saga de todos los miembros de la OCDE, con un salario medio nominal de 950 al mes (cualitativamente, el resultado es similar aunque se tome en consideración la paridad del poder adquisitivo), (DZh, 2014). Es alarmante, además, que en 2014 el salario mínimo se correspondió, tan solo, al 66% de los ingresos establecidos oficialmente como el mínimo de vida (pobreza), legitimando así la superexplotación. En este último sentido, en 2012, atendiendo a la cantidad de horas de trabajo anual, Rusia se ubicó en el puesto 31 entre los 35 miembros de la OCDE (1982 horas), siendo el único país en el cual ese indicador no disminuyó desde el 2000 (OCDE, 2014).

En el mismo año, según datos oficiales del segundo trimestre, con un ingreso medio nacional de 800 dólares, el 28,8% recibía menos de 333 dólares (41% de la media), el 48,6% menos de 500 dólares (62% de la media) y el 70% menos que la media nacional; lo que denota una marcada desigualdad en la distribución de los ingresos. Sin embargo, el carácter conservador de estos datos quedó expuesto por el resultado de un estudio selectivo realizado durante el mismo periodo al presupuesto de familias y publicado, igualmente, por el Comité Estatal de Estadísticas de Rusia.

Según el mismo, el 40% de los núcleos familiares (o el 45% de la población) recibieron menos de 333 dólares, el 57% de las familias (63% de la población) menos de 500 dólares, y el ingreso del 78% de las familias (83% de la población) fue inferior a la media nacional. Además, según la publicación, el ingreso del 22,3% de la población fue inferior a los ingresos establecidos oficialmente como el mínimo de vida, lo cual casi duplica los datos “oficiales” de la misma institución para el mismo periodo (CEE, 2012, 2014).

También generan dudas los parámetros para determinar indicadores como el de pobreza. Si se aplicaran los criterios de la UE, por ejemplo, que establecen como tal un ingreso inferior al 60% de la media nacional, en 2012 el 63% de la población en Rusia se hubiera encontrado por debajo del umbral de la pobreza.

Por su parte, atendiendo al indicador por excelencia de los enfoques “desarrollistas” sobre el (sub) desarrollo, el PIB per cápita ruso en 2013 fue de 14.600 dólares, ocupando el lugar 45 a nivel global, correspondiéndose con el 36% del de

EE.UU. y tan solo con el 18% del de Qatar, líder mundial ese año. Estos datos referidos a los ingresos, exigüos per se y según los cuales Rusia queda fuera del rango de valores que caracterizan a las formaciones del “centro”, ubicándose entre la élite de las periferias, quedan mucho más atenuados si se aplican los criterios medidores de la desigualdad, tanto social como regional.

El análisis debe comenzar por la medición de la desigualdad en la distribución (concentración) de la riqueza, según la cual Rusia, desde todos los criterios posibles, se ubica como líder mundial negativo. Según el Global Wealth Report (Credit Suisse, 2013), Rusia lidera por el nivel de concentración de riquezas en el 1%, el 5%, el 10% y el 30% de la población más adinerada, con amplia ventaja sobre cualquier economía grande. Según el mismo informe y también con un marcado liderazgo, los multimillonarios rusos de Forbes concentran el 30% de las riquezas del país (EE.UU. – 7%, China – 2%, media mundial – 1,5% – 2%). Por último, si a nivel global el 1% de los más adinerados controla el 46% de los activos, el 1% de los más adinerados rusos controla el 71% de los activos de la economía (Zhukovskii, 2013b).

Sin embargo, a pesar de ubicarse Rusia como tercera entre los países con mayor cantidad de multimillonarios, queda fuera de los primeros veinte si se contabiliza la cantidad de millonarios, lo que remarca no solo el alto nivel de concentración de las riquezas, sino también el carácter altamente oligárquico de la composición de las élites y el gran abismo entre sus distintas fracciones. En este sentido, solo aclarar y sin margen para profundizar, que el putinismo, contrario sensu algunos criterios extendidos, ha sido un factor clave para la estabilidad y prosperidad del gran capital ruso. Entre 2000 y 2012, la cantidad de multimillonarios rusos en la lista de Forbes creció desde 0 hasta 96 (en 2011 alcanzó los 100).

Estas insalvables diferencias en la concentración de la riqueza, explican mejor las grandes desigualdades en los ingresos sociales y hacen cuestionarse aún más la veracidad de muchos de los indicadores sociales globales, que no toman en consideración criterios de distribución.

Entre 2000 y 2011, periodo dentro del cual está comprendido el único lapso temporal tras el cambio de régimen con una dinámica macroeconómica positiva (1999 – 2007), la diferencia entre el 10% de la población con mayores y menores ingresos creció del 13,9 al 16,2. Comparativamente, a finales del periodo soviético, esta diferencia no superaba las 4 veces, ubicándose entre las más pequeñas a nivel mundial. Sin embargo, tomando en consideración los “factores de concentración” y los mecanismos que permiten evadir la cuantificación real de los ingresos de los grupos más adinerados (ingresos encubiertos de la oligarquía, fuga de capitales), muchos autores estiman una diferencia de ingresos entre los grupos sociales extremos, que oscila entre 40 y 80 veces (Glaziev, 2007).

En la misma línea, en 2012 el coeficiente Gini ruso fue de 0,43, ubicándose en el puesto 52 a nivel global, entre países de la indudable periferia, como Costa de Marfil, Senegal, Burundi

y Kenya. Además, la tendencia histórica no augura un cambio de vector: 0,28 en 1989, 0,38 en 1995, 0,39 en 2000 y como se dijo, 0,43 en 2012, siendo sostenido el ascenso negativo (Zhukovskii, 2013b).

Tanto el carácter limitado de las remuneraciones como la marcada y creciente desigualdad de su distribución, son factores que bloquean abiertamente la articulación de los rasgos básicos del autocentramiento, como el desarrollo del mercado interno y la nivelación relativa de la capacidad de consumir con la de producir (Amin 1974, 1988, Peinado 2010, 2012).

El análisis de la desigualdad en otros planos, como en la distribución sectorial o regional de los ingresos, deja ver con más claridad aún el desmontaje de la homogenización soviética. En el primer caso, en 1988 los ingresos en el sector menos retribuido (salud pública), se correspondieron con el 54% de los del más retribuido (construcción), (CEU, 1989); para 2013 esa brecha se había ampliado más del doble, hasta el 24% - entre la agricultura y la actividad financiera - (CEE, 2014).

Por su parte, desde la perspectiva regional, es notable no solo una mayúscula desigualdad, sino una marcada diferenciación en las matrices generales de desarrollo, coexistiendo zonas con un desarrollo industrial y urbano relativamente avanzado y otras que reproducen un estado, en esencia, pre moderno (Cáucaso ruso). En 2010, la diferencia entre las regiones con mayor y menor PIB per cápita fue de 26 veces, la tercera mayor a nivel global y muy por encima de la media mundial de 5.2 (Alemania, España, Polonia, Italia - 2, Francia, Canadá - 3, EE.UU. y China -5), (Novikov, 2013).

En Rusia, cuatro regiones (Moscú, Región de Moscú, San Petersburgo y Tiumen), que representan solo el 19% de la población y el 9% del territorio, recibieron en 2012 el 29% del total de las inversiones en capital fijo y el 68% de las inversiones extranjeras directas y concentraron el 33 % del PIB per cápita del país (CEE, 2014). Excluidas estas cuatro regiones, el PIB per cápita del resto del país (81% de la población) fue ese año de 5297 dólares anuales, lo cual acerca su nivel de vida real al de países como Swazilandia, Micronesia, Kiribati, Guatemala, Angola o Bután.

Si bien las regiones del Cáucaso ruso son las de mayor atraso, la situación en Siberia y el Lejano Oriente ruso se ha tornado alarmante. La nota es más grave aún si se toma en consideración, que, junto con la franja rusa del Ártico, estas regiones atesoran la mayor parte de los vastos recursos naturales del país y que desde finales de la década del 2000 tiene lugar una notoria presencia de capital y lo que es más relevante, de mano de obra china en su territorio.

En 2011, Siberia y el Lejano Oriente ruso, que representan el 66% del territorio del país, concentraron tan solo el 17% de la población y el 12% del PIB. Además, recibieron solamente el 7.8% del total de las inversiones extranjeras y en 2012, el 18% de las inversiones en capital fijo (CEE, 2014).

En estrecha relación, la despoblación, especialmente en las zonas rurales, es otra negativa tendencia que ha perdurado aún en los "prósperos" años putinianos. El 13% de los puntos

rurales habitables no tienen población fija y en el otro 24%, esta no supera los 10 habitantes (Novikov, 2013).

Como resultado de los grandes "ajustes estructurales" tras el cambio de régimen, la añeja pretensión del Occidente Histórico de fragmentar Rusia e independizar la zona siberiana, encuentra cada vez más premisas para su materialización. La participación de Rusia en el ciclo D-D' globalizado marca una zanja polarizadora a lo interno del país, tendencia que, si bien es extensiva a todo el sistema, es en las periferias donde se manifiesta de forma más desigual.

xDe esta manera, centros financieros de peso regional o local, como Moscú (y su periferia) y San Petersburgo y regiones como Tiumen, Janti-mansysk y Nenetsk, conectadas al capitalismo global mediante el suministro de hidrocarburos, reproducen niveles de vida relativamente similares a la media de la población del "centro" del sistema, mientras que en el resto del país la población disminuye y reproduce niveles de vida similares a la media de la periferia global, sensiblemente limitados en sus capacidades de consumo.

Todo lo anterior se ha expresado en un notable deterioro de las posiciones del país en comparación global, ubicándose lejos de la media en importantes indicadores sociales. En 2013, Rusia ocupó el lugar 55 en la lista del Índice de Desarrollo Humano; posición que hubiera podido ser inferior aún de no ser por la remanencia de infraestructuras sociales vinculadas a la salud pública y la educación heredadas de la URSS, pero que poco tienen que ver con las políticas que en esas esferas ha llevado a cabo el país en las últimas dos décadas. En el IDH, si bien ha tenido lugar una recuperación posterior a la brusca caída de la década del noventa (puesto 114 en 1995), la posición actual de Rusia sigue siendo muy inferior a la soviética de 1989 (puesto 26). En un sentido similar, según el informe "The Global Age Watch Index", que mide el nivel y calidad de vida de los pensionados, Rusia se ubicó en 2012 en el puesto 78 entre 91 países (Help Age, 2012).

Más concretamente, Rusia ocupó en 2012 la posición 101 a nivel global entre los países con mayor esperanza de vida, el 83 entre los de menor cantidad de homicidios por 10 mil habitantes, el 130 entre los de mayor emisión de CO2 per cápita y es uno de los principales centros mundiales receptores de residuos nucleares. Entre los países de la OCDE y los BRICS, es por mucho el de mayor mortalidad por accidentes automovilísticos y ferroviarios, el de la mayor tasa de fumadores y como norma, a la zaga en la mayoría de los indicadores (tablas 1 y 2).

Tampoco es favorable a Rusia la comparación de la estructura del consumo. En 2012 cerca del 30% de los gastos familiares se destinaron a productos alimenticios. Si bien estos datos se ubican entre los mejores en el Espacio Postsoviético (Colectivo de autores, 2013), distan mucho de los de las formaciones del "centro" (Reino Unido 7, Irlanda - 8,5%, Austria - 9,6%, Alemania - 9,8%, Corea del Sur - 13,6% en 2011, Japón - 23% en 2010), (Kalabekov, 2014).

Tabla 1. Posición global de Rusia en indicadores socio-económicos

Indicador	Lugar	Año
PIB per cápita	48	2012
Índice desarrollo humano	55	2012
Esperanza de vida	101	2012
Desigualdad de género	51	2012
Nivel de vida pensionados	73	2013
Muerte hombres adultos	118	2011
Homicidios (por 100 mil hab.)	83	2011
Capacidad retención talentos	112	2012
Gastos en salud pública. % PIB	103	2010
Gastos en educación. % PIB	100	2010
Calidad carreteras	136	2012
Calidad infraestructura de transporte	102	2012
Competitividad global	64	2013
Nivel de innovación economía	51	2012
Aplicación tecn. avanzadas	124	2012
Emisión CO2 per cápita (2012)	130	2012



Elaboración del autor. Fuentes:
OCDE (2014), Helpage (2013) y FEM (2013)

Tabla 2. Lugar de Rusia entre 40 países de la OCDE+BRICS. 2012

Indicador	Lugar
PIB per cápita (2011)	33
Productividad trabajo	39
Esperanza de vida	37
Ingresos per cápita	28
Desigualdad (Índice Gini)	39
Horas de trabajo semanales	36
Calidad del agua	36
% fumadores población adulta	40
Consumo alcohol mayores de 15 años	33
Tasa de suicidios	38
Muertes por accidentes autom.	40
Gastos en vivienda	32
Investigadores (por 1000 trabajadores)	30
Familia de patentes triádicas	27
Gastos innovación y desarrollo (% PIB)	33
Valor añadido en los servicios domésticos (% exportaciones)	36
Energías renovables como % del total	39
Emisión CO2	37



Elaboración del autor. Fuentes:
Fuente: OCDE (2014)

Por último, quizás el saldo más ilustrativo, patibulario e integrador de los "ajustes" estructurales en los países del espacio postsoviético, sobre todo en Rusia y Ucrania, que al momento del derrumbe habían alcanzado mayor desarrollo, fue una gran crisis demográfica que hizo disminuir la población en millones de habitantes. Particularmente, en el caso de Rusia, la merma fue de 6'611.000 entre el 1 de enero de 1993 y el 1 de enero de 2010 y, sumada la ucraniana, supera los 13 millones (CEE, 2014). La disminución de la cantidad de habitantes, en sobre posición histórica, retrotrajo al país a la población existente en ese territorio en 1985; sin embargo, la "adecuación" fue más fuerte en indicadores conexos, como la cantidad de nacidos (1970) y de muertes (1930), en los cuales, a diferencia de la cuantificación del total de habitantes, no incide el factor de la emigración. Esto se alinea con las "adecuaciones temporales" que tuvieron lugar en la esfera de la producción, en donde la involución hizo retrotraer algunos sectores a niveles previos a la década del cincuenta del siglo XX (ver tabla 3).

"Crisis demográfica" es una formulación menos incisiva para denominar lo que ha sido realmente un sistemático

genocidio de los pueblos constitutivos del Comunismo Histórico (Glaziev, 19998; Kara-Murza, et al. 2008), en especial de aquellos que, como Rusia y Ucrania, se insertaron de la forma menos favorable en los marcos del capitalismo global. La supresión física de las poblaciones ha sido el resultado final y más lamentable del impacto de los "ajustes" económicos sobre los seres humanos y no ha sido solamente un efecto colateral del cambio de régimen: ha constituido un objetivo en sí mismo del capitalismo global en su fase de expansión neoliberal, como condición para la redistribución de los recursos a favor de la acumulación global³.

³ Esto ha quedado plasmado explícitamente en distintos documentos programáticos del Club de Roma y en declaraciones de importantes

portavoces de la derecha transnacional.

Tabla 3. Indicadores socio-económicos de Rusia y referentes históricos propios de similares resultados

Indicador	Lugar	Año	Indicador	
Lugar				
PIB per cápita ⁴	48	2012	PIB per cápita (2011)	33
Índice desarrollo humano	55	2012	Productividad trabajo	39
Esperanza de vida	101	2012	Esperanza de vida	37
Desigualdad de género	51	2012	Ingresos per cápita	28
Nivel de vida pensionados	73	2013	Desigualdad (Índice Gini)	39
Muerte hombres adultos	118	2011	Horas de trabajo semanales	36
Homicidios (por 100 mil hab.)	83	2011	Calidad del agua	36
Capacidad retención talentos	112	2012	% fumadores población adulta	40
Gastos en salud pública. % PIB	103	2010	Consumo alcohol mayores de 15 años	33
Gastos en educación. % PIB	100	2010	Tasa de suicidios	38
Calidad carreteras	136	2012	Muertes por accidentes autom.	40
Calidad infraestructura de transporte	102	2012	Gastos en vivienda	32
Competitividad global	64	2013	Investigadores (por 1000 trabajadores)	30
Nivel de innovación economía	51	2012	Familia de patentes triádicas	27
Aplicación tecn. avanzadas	124	2012	Gastos innovación y desarrollo (% PIB)	33
Emisión CO2 per cápita (2012)	130	2012	Valor añadido en los servicios domésticos (% exportaciones)	36
			Energías renovables como % del total	39
			Emisión CO2	37



Elaboración del autor. Fuentes:
OCDE (2014), Helpage (2013) y FEM (2013)



Elaboración del autor. Fuentes:
Fuente: OCDE (2014)

Un balance integrador

El colapso del Comunismo Histórico condicionó la inserción definitiva de sus formaciones sociales en la dinámica del sistema-mundo capitalista y la acumulación global, conllevando a un sistema de "ajustes" sin precedentes.

Para realizar un análisis heterodoxo de este proceso, se estimó necesaria la utilización de las más importantes tipologías del (sub) desarrollo y la polarización global; siempre articulando de manera orgánica los condicionamientos endógenos y exógenos. El énfasis fue puesto en el enfoque productivo (Amin, Peinado, Vidal Villa, op. citadas), aunque fue complementado con la visión comercialista y utilizando de manera profusa los datos de los organismos internacionales, no con el objetivo de asumir las tipologías que estos proponen, por demás nada precisas, inconsistentes y en ocasiones contradictorias, sino con el afán de sostener determinadas argumentaciones cualitativas.

Valorando esta articulación teórica, se observa la convergencia de los resultados. Como tendencia vertebral en

la dinámica socio-económica rusa, ha sido claro el bloqueo al desarrollo autocentrado a favor del extravertido y al mismo tiempo, la primarización del comercio exterior y el sostenido corrimiento periférico en la división global del trabajo.

En el plano económico, la erosión ha sido consistente y extensiva a todos los espacios –producción, desarrollo científico y tecnológico, finanzas–. En el plano social la tendencia ha sido similar, sin embargo, los rasgos estructurales avanzados de la formación soviética han condicionado ritmos de reestructuración relativamente diferenciados, procurado dosificar la degradación de la esfera social, tomando en consideración sus efectos desestabilizadores sobre la gobernabilidad. Así, todavía persisten secuelas de la "infraestructura social" soviética, vinculada sobre todo a la educación y la salud públicas, terreno en el cual algunos de los indicadores se asemejan a los de la media de las formaciones del "centro".

A pesar de ello, los impactos sociales del cambio de régimen han sido severos, condensando las secuelas más nefastas del "ajuste" sistémico en Rusia. De la misma

⁴ RSSR y URSS diferencian si el año y el indicador que se encuentra en la columna izquierda se corresponde con resultados similares de la República Soviética Socialista de Rusia o del conjunto de la Unión Soviética. El año

de la columna derecha hace referencia al momento específico con que se pueden comparar los resultados de la Rusia actual.

manera, en el espacio social ruso, como en el grueso de las periferias menos atrasadas, la contención del desarrollo se combina con atisbos pseudo modernizadores –tenuas imitaciones de las formaciones más avanzadas y sin fuerza socio-económica vinculante– como la incorporación y uso social de las tecnologías de la información.

Queda claro entonces que, como ente nacional, Rusia no se inserta en la acumulación global como parte del “centro”. Sin embargo, quedaría para futuros estudios definir su posicionamiento en el amplio espacio periférico; de manera específica, su posible tipificación como semiperiferia – categoría esta, por demás, de las más complejas e imprecisas, y en torno a la cual existe menos consenso entre los autores.

Adelantando posibles líneas del análisis y haciendo excepción metodológica, por el momento, de la dimensión geopolítica –de vital importancia para Wallerstein y sus seguidores–, la mayor dificultad para sostener la hipótesis del carácter semiperiférico de la formación rusa –criterio este el más reproducido y, en el grueso de los casos, sin una profundización estructural nisistémica– descansa, justamente, en la gran tendencia involutiva que ha caracterizado a Rusia.

Es cierto (,) que al momento de su inserción en el sistema-mundo, este país encarnaba muchos de los rasgos que, desde visiones metodológicas distintas, tipifican a las semiperiferias. Esa ha sido siempre la tesis de los autores del sistema-mundo y sus vertientes comercialistas. También es cierto que, como se dijo, atendiendo a algunos de los indicadores, no mayoritarios, la formación rusa se ubica en posiciones relativamente cercanas a las del “centro”; en ese intermedio de la polarización que de manera lineal y simplista se asume como el rasgo básico de la semiperiferización.

Sin embargo, ubicar a la formación rusa en el ámbito semiperiférico sería sostenible solo como parte de un movimiento hacia posiciones más retrasadas. La riqueza del análisis sobre la periferización postsoviética, que de hecho obliga a una relectura del fenómeno del (sub)desarrollo, estriba, justamente, en su “involución”, -tendencia única en el espacio-tiempo capitalista -, entendida como la sustitución de un sistema de relaciones sociales más avanzado por otro con rasgos estructurales de menor desarrollado.

Por otra parte, si se aplicaran las premisas de las vertientes más adelantadas del enfoque productivo (Peinado 2008, 2010, 2012, Vidal Villa, 2004), que a los efectos de este estudio se asume como el más avanzado teóricamente, si debería cuestionarse la pertenencia de la formación rusa a la semiperiferia. Bajo este paradigma, este se entiende como un espacio necesario para el tránsito del ciclo del capital dominado por estructuras nacionales al ciclo de capital globalizado. En consecuencia, parte de la periferia se inserta de manera relativamente activa en el ciclo capitalista global, como centros productivos e industriales, aunque sin modificar su matriz autocentrada, que continuarla siendo el rasgo básico de la centralidad de los países más avanzados.

En este sentido, según Javier Martínez Peinado, haciendo referencia a uno de los caracteres centrales de la semiperiferia “(...) es espacio privilegiado de crecimiento (medido mediante

la dinámica del PIB, del VAT y del VAM), por lo que su participación en los indicadores productivos mundiales no puede sino aumentar” (Peinado, 2010). Por tanto, a pesar de que Rusia es una economía “grande” atendiendo a su PIB, la sostenida desindustrialización y descapitalización de su economía rusa y su peso manufacturero, tecnológico y financiero cada vez más marginal, obliga a cuestionarse la pertenencia de Rusia a este espacio.

La expansión del capitalismo neoliberal a las periferias desde la década del setenta implicó, aunque subordinada, su inclusión en las cadenas globales de valor y su cada vez mayor peso en la producción manufacturera, en especial de bajo y medio valor agregado. Por el contrario, la expansión capitalista al “segundo mundo”, sobre todo en el caso de las formaciones ex soviéticas, que quedaron fuera del radio integracionista dominado por el centro de acumulación europeo, contenía una carga abiertamente destructiva y estructuralmente regresiva. De esta manera, desde la génesis misma de su constitución, la semiperiferización productiva estaba vedada para la Rusia postsoviética y su espacio-imperio histórico.

A pesar de todo lo anterior, la coyuntura actual moldea condiciones externas inmejorables para imaginar, al menos, tenuos intentos de un cambio de vector de desarrollo en Rusia. Como se ha podido observar durante 2014, los factores geopolíticos están dominando las relaciones entre los centros de acumulación global y Rusia, aunque determinados de forma inevitable por factores sistémicos; especialmente por el debilitamiento de la capacidad político-reguladora de los centros tradicionales de acumulación y gravitación geopolítica (EE.UU., UE, Japón). La frágil posición de Rusia en la división global del trabajo ha permitido a EE.UU. –cuyos vínculos económicos con este país no son significativos– arremeter contra un “eslabón débil” que, sin embargo, constituye un obstáculo para su control político-militar global, pretendiendo su corrimiento, en esencia excluyente, hacia el margen del sistema.

Este cerco comercial y financiero impuesto contra Rusia y la paralela disminución de los precios del petróleo, deberían ser entendidos por el grupo de dirección putiniano con la imperatividad que ameritan. Por una parte, esta negativa coyuntura externa multiplica el efecto de las limitaciones estructurales de la economía y de sus potenciales impactos sociales y políticos, aumentando así el riesgo de una crisis de alcance sistémico. Por otra, la independización relativa de la sujeción a la lógica de la acumulación global, es condición sine qua non para un cambio de vector del desarrollo en este país, aunque sea moderado. De esta manera, queda abierta la interrogante interna, quizás de mayor peso, referida a las posibilidades reales del mando político central ruso de independizar las proyecciones estatales de los intereses cortoplacistas de los más importantes grupos de poder económicos –tanto los de capital privado como los de subordinación estatal–, que han marcado los derroteros de Rusia durante todo el periodo posterior al derrumbe.

Bibliografía

- Albina, Maria (2013): "La modernización del sistema financiero ruso: objetivos y tendencias", disponible en <http://sibac.info/index.php/2009-07-01-10-21-16/5533-2012-12-20-06-59-15> (R⁵)
- Amin, Samir (1974): La acumulación a escala mundial. Buenos aires: Argentina Editores.
- _____ (1988): La desconexión: hacia un sistema mundial policéntrico, Madrid, IEPALA.
- Atkinson and Morelli (2014): Chartbook of Economic Inequalit, Ecineq WP, disponible en <http://ssrn.com/abstract=242226>
- Burawoy, Michael(2003), "La Gran involución. La reacción de Rusia al mercado", disponible en www.ecosociology.narod.ru/putvel.doc(R)
- Colectivo de autores (2013): El desarrollo socio-económico del espacio postsoviético: un balance de veinte años, Moscú, IERAN.
- Comité estatal de estadísticas(CEE - 2008, 2010, 2012, 2014): Anuario estadístico de la Federación Rusa, disponible en http://www.gks.ru/doc_2008/rusfig/rus08.zip; http://www.gks.ru/doc_2010/rusfig/rus10.rar; http://www.gks.ru/free_doc/doc_2012/rusfig/rus12.rar; http://www.gks.ru/free_doc/doc_2014/rusfig/rus14.rar(R)

5 Los textos marcados con R están publicados íntegramente en idioma ruso. La traducción del título es del autor del presente artículo.